

SOBRE LA JUSTICIA

Lecciones de Platón, Rawls e Ishiguro

La Justicia ocupa un lugar de honor en el panteón de las virtudes. Los antiguos solían considerarla la virtud suprema, en torno a la cual se ordenaban todas las demás. Platón, por ejemplo, concedía ese estatus a la justicia. En *La República* afirma que, en un hombre justo, las tres partes del alma, razón, espíritu y apetito, y las tres virtudes asociadas a cada una de ellas, sabiduría, valor y moderación, están equilibradas. A nivel comunitario, la justicia opera de forma análoga. En una comunidad política justa, cada clase ejerce su virtud distintiva, realizando la función que le es propia por naturaleza sin interferir con las de los demás. El estamento racional y sabio gobierna, los espíritus valerosos hacen la guerra y el resto, compuesto por aquellos que careciendo de espíritu o inteligencia son, no obstante, capaces de moderación, se dedica a la agricultura y las tareas manuales. La justicia no sería así más que un equilibrio armonioso entre sus elementos constituyentes¹.

Muchos filósofos desdeñan los detalles concretos de la teoría de Platón. Prácticamente nadie cree hoy que una comunidad, para ser justa, deba estar rígidamente estratificada y contar con un estamento de gobernantes, uno de guerreros y otro de trabajadores cuyas vidas difieren entre sí en múltiples aspectos. Pero sí suscriben la idea de Platón de que la justicia no es una virtud entre otras, sino que goza de un estatus especial en tanto que virtud suprema o meta-virtud. Esta es la idea que late tras el famoso libro de John Rawls, *A Theory of Justice*, donde afirma que: «La justicia es la principal virtud de las instituciones sociales como la verdad lo es de los sistemas de pensamiento»². Lo que quería decir no es que la justicia sea la virtud suprema, sino que es el fundamento, la base de todo lo demás. En principio, la organización social y sus instituciones pueden fomentar cierto número de virtudes si son eficientes, ordenadas, armónicas, solidarias o ennoblecedoras. Pero, para ello, debe darse una condición previa y habilitante, a saber, que las instituciones sociales en cuestión sean justas.

¹ Este ensayo fue originalmente una conferencia pronunciada en un encuentro sobre «las virtudes» en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, el 13 de febrero de 2012.

² John Rawls, *A Theory of Justice*, Cambridge, MA, 1971, p. 3 [ed. cast.: *Teoría de la justicia*, trad. de María Dolores González, México, Fondo de Cultura Económica, 2006].

De manera que la justicia es una virtud primaria en el sentido siguiente: sólo superando la justicia institucionalizada podemos crear un terreno abonado para que florezcan otras virtudes.

Si, como creo, Rawls tiene razón en este punto, lo primero que debemos preguntarnos al evaluar las instituciones sociales es: ¿son justas? Para hallar una respuesta podemos partir de otra de sus hipótesis: «La justicia se ocupa fundamentalmente de la estructura básica de la sociedad». Esta constatación desvía nuestra atención de la gran variedad de rasgos inmediatos de la vida social centrándola en su gramática subyacente, en las reglas de institucionalización básicas que fijan los términos de la interacción social. Sólo cuando estas se basan en un orden justo puede haber justicia en los aspectos más inmediatos de la vida. No cabe duda de que el punto de vista de Rawls sobre la justicia plantea, como el de Platón, algunos problemas. La idea de que quepa juzgar a la justicia en términos exclusivamente distributivos es demasiado restrictiva, al igual que el mecanismo que rige la «posición originaria». Sin embargo, quisiera partir de la idea de que, al reflexionar sobre la justicia, deberíamos centrarnos en la estructura social básica. Para explorar este enfoque y expresar su potencial, analizaré la novela de Kazuo Ishiguro, *Nunca me abandones*³.

La historia está centrada en la vida de tres amigos, Kathy, Tom y Ruth que viven inmersos en un orden social peculiar. Cuando empieza la novela son niños que viven en lo que parece ser una especie de internado británico de elite llamado Hailsham. Pero, a medida que se desarrolla la trama, descubrimos que los niños son clones creados para proveer de órganos a no- clones a los que me referiré como los «originales». En la segunda parte de la novela, los protagonistas dejan Hailsham y se trasladan a las Cottages, una triste residencia donde van a recibir «entrenamiento». Ya adolescentes, se preparan para iniciar la obra de «donación» que presidirá sus vidas, concluyendo tras un máximo de cuatro operaciones en la «compleción». En la tercera parte, los protagonistas son adultos jóvenes. Tommy y Ruth ya se han convertido en «donantes», mientras que Kathy es una «cuidadora», un clon que atiende a los que se están recuperando de la cirugía de extracción de órganos. Cuando Tommy y Ruth «completan», Kathy no puede seguir desempeñando su papel. Al final del libro se prepara, a su vez, para convertirse en «donante».

Nunca me abandones es una obra llena de fuerza que me dejó henchida de tristeza la primera vez que la leí. En realidad fue mucho más que eso; cuando terminé el libro sollozaba incontroladamente. Algunos críticos la han descrito como una obra de ciencia ficción distópica sobre los peligros que entraña la ingeniería genética. Otros la han leído en clave de un *Bildungsroman* en el que jóvenes con grandes esperanzas y poco entendimiento de lo que realmente importa en la vida adquieren la sabiduría

³ Kazuo Ishiguro, *Never Let Me Go*, Londres, 2005 [ed. cast.: *Nunca me abandones*, trad. de Jesús Zulaika, Barcelona, Anagrama, 2011].

necesaria para valorar las relaciones y aceptar el mundo como es. Creo que ninguna de estas dos interpretaciones es totalmente errónea, lo que sucede es que cada una de ellas parte de un hilo de la trama diferente. Pero ninguna habla de lo que yo considero el núcleo del libro. Desde mi punto de vista *Nunca me abandones* es una reflexión sobre la justicia, la descripción lacerante de un mundo injusto y del profundo sufrimiento que inflige a sus habitantes.

Repuestos

¿Qué material de reflexión nos ofrece el libro? En primer lugar nos invita a pensar en la justicia a través de la negación. Al contrario que Platón, Ishiguro no intenta representar un orden social justo sino dibujar el cuadro escalofriante de un mundo que el lector acaba percibiendo como profundamente injusto. Lo que nos lleva a la siguiente reflexión: la justicia nunca se experimenta directamente. En cambio sí experimentamos directamente la injusticia, y sólo a través de ella nos hacemos una idea de lo que es la justicia. Únicamente ponderando el carácter de lo que creemos injusto empezamos a saber qué alternativas tenemos. Sólo cuando nos damos cuenta de lo que cuesta superar la injusticia, adquiere algún contenido nuestro concepto abstracto de justicia. De manera que la respuesta a la pregunta de Sócrates, ¿qué es la justicia?, sólo puede ser la siguiente: la justicia es la superación de la injusticia.

Pero, ¿cómo reconocer la injusticia? Si analizamos el orden social de *Nunca me abandones* y nos preguntamos por qué y en qué aspectos es injusto, hallaremos una respuesta obvia: es un orden social injusto porque es explotador. Los clones se crean y mantienen en interés de los originales. Son fuentes de órganos, almacenes ambulantes de repuestos que serán extraídos de sus cuerpos y trasplantados a los cuerpos de los originales cuando los necesiten. Viven, sufren y, finalmente, mueren para que los originales puedan gozar de vidas más largas y saludables. Son meros medios para los fines de los originales y no se les concede valor intrínseco alguno. Sus necesidades e intereses se anulan o, en el mejor de los casos, se subordinan a los de los originales. En otras palabras, la justicia no protege a los clones. Excluidos de toda consideración o respeto, no se admite que pertenezcan al mismo universo moral que los originales.

En este punto, Ishiguro hace una aguda observación sobre la exclusión, la identidad y la alteridad. Los clones no merecen respeto moral alguno porque se les considera categóricamente diferentes a los originales. Es esa otredad, supuestamente básica y ontológica, la que justifica su explotación y segregación durante toda la vida. Su relegación a lugares especiales como Hailsham, donde viven en un mundo cerrado sin contacto alguno con el exterior, interactuando exclusivamente entre sí y con sus profesores (a los que Ishiguro, en un guiño a Platón, denomina «guardianes»), sirve a un propósito funcional. Al evitar el contacto directo entre clones y origi-

nales se impide que tengan experiencias de similitud o afinidad que pudieran contradecir el paradójico argumento de la diferencia ontológica. De hecho, los clones son réplicas genéticas exactas de los originales y les resultan útiles precisamente porque son biológicamente idénticos. Su subjetividad es diferente, ya que los clones experimentan por sí mismos y tienen sus propios recuerdos. Pero, genéticamente, existe entre ambos grupos una identidad perfecta, una proximidad, susceptible de causar una ansiedad aguda, tan extrema que resulta extraña, casi insoportable. De modo que habría que explicar por qué los originales mantienen a toda costa que su estatus ontológico es esencialmente diferente, legitimando la exclusión de los clones del universo moral.

Ishiguro demuestra que, de hecho, los clones participan del mismo esquema de cooperación social que los originales; están sometidos a la misma estructura básica de la sociedad en sentido rawlsiano. Ambos grupos actúan según un conjunto de reglas comunes que dictan que la esencia vital de los unos se ponga a disposición de los otros, que esté ahí en beneficio de los originales al margen del daño que se inflija a los clones. Ambos grupos forman parte de una bioeconomía única y compartida, una matriz biopolítica común de vida y muerte. Los originales dependen de los clones para su supervivencia, pero les niegan la consideración de compañeros de interacción.

Los lectores consideramos injusta esta situación. Reconocemos un desajuste entre el restringido círculo de los que se benefician de la justicia (sólo los originales) y el grupo más amplio de quienes están conjuntamente sometidos a la estructura básica de la sociedad (originales y clones), y consideramos que esta incongruencia es moralmente incorrecta. Nuestro sentido de la justicia nos dice que todos aquellos sometidos a un conjunto de reglas básicas deben «contar», en el sentido de pertenecer al mismo universo moral. No se debería instrumentalizar a unos en beneficio de otros. Todos merecen nuestro interés. Esta la razón por la que el orden social descrito en *Nunca me abandones* resulta tan perturbador.

Un conocimiento terrible

Lo que hace tan horrible el mundo retratado en el libro es otra cosa: sus protagonistas no perciben la situación como nosotros. Los clones no se consideran injustamente tratados. Fueron creados por el mismo orden explotador que los socializa. Como es la única sociedad que conocen, los términos por los que se rige les parecen los normales y naturales. Es cierto que uno de ellos, Tommy, se enfada a menudo. Cuando vive en Hailsham, de niño, tiende a tener arranques temperamentales sin razón aparente. Pero los demás, hasta su mejor amiga, Kathy, consideran que su ira es un problema personal. Nadie, ni siquiera Tommy mismo, considera la posibilidad de que tenga buenas razones para estar enfadado. Todos le piden de formas diversas que se calme, y él lo hace. Cuando nos reencon-

tramos con un Tommy ya adolescente durante su estancia en las Cottages, ha aprendido a controlar su ira. Lo único que le queda es un rastro de tristeza, un cierto ensimismamiento que sugiere la existencia de algo interno muy profundo e incomprensido.

Aquí Ishiguro expresa otra profunda intuición. La injusticia es claramente un asunto de victimización, una relación estructural en la que unos explotan a los demás, negándoles el estatus moral al que da acceso la justicia. Pero el daño se agudiza cuando el explotado carece de los medios para interpretar como injusta su situación, lo que puede deberse a una manipulación deliberada. En este caso, los explotadores, plenamente conscientes de la injusticia, la ocultan a los explotados. Pero también puede recurrirse a medios más sibilinos, como cuando en una esfera pública, aparentemente democrática, se pronuncian discursos individualizadores y victimizadores sin aludir, o aludiendo sólo marginalmente, a perspectivas estructurales. Puede suceder que se usen de forma rutinaria términos eufemísticos y vagamente elevados para hacer referencia a realidades delictivas como cuando, por ejemplo, se denomina «donación» a la extracción forzosa de órganos y «compleción» al asesinato subsiguiente. En estos casos, los esquemas interpretativos dominantes reflejan las experiencias y sirven a los intereses de los explotadores. En cambio los explotados tienen pocas palabras, si es que tienen alguna, para dar voz a sus experiencias o articular eficazmente sus intereses de clase. El resultado es otro aspecto o nivel de injusticia: los medios de interpretación y comunicación social no están al alcance de todos los miembros en igual medida.

En estas condiciones, las víctimas carecen de una condición esencial para reaccionar adecuadamente ante su situación. Asumimos que la reacción correcta ante la injusticia es la indignación. Sin embargo, esta sólo es posible cuando los explotados tienen acceso a los esquemas interpretativos que les permiten entender su situación, no ya como desafortunada, sino como injusta. Como esto no es así, tienden a culparse a sí mismos. Convencidos de que merecen su estatus inferior, entierran su legítima indignación y se pierden en derivas emocionales. De manera que la injusticia es una organización social del discurso que produce un «apagón» psicológico.

En *Nunca me abandones* se mencionan algunas de esas repercusiones. Al principio, durante la mayor parte de su estancia en Hailsham, los protagonistas no saben que son clones. Ignoran los términos del orden social en el que se les ha inscrito, no saben que les están criando para proporcionar órganos a una *Überklasse*. Gran parte del drama de la primera parte de la novela se basa en una serie de incidentes en los que los personajes descubren anomalías en su situación, indicios de la existencia de otra realidad, más oscura, que late tras sus días de colegio relativamente libres de preocupaciones. El lector, que al principio tampoco comparte esa información, empieza a entender la verdad y espera ansiosamente que los clones lo hagan también. Sin embargo, no logramos cumplir nuestro deseo de revelación catártica. Vemos con creciente consternación cómo los

protagonistas están una y otra vez a punto de descubrir la verdad sin llegar a hacerlo nunca. Es como si no quisieran o fueran incapaces de adquirir un conocimiento tan terrible y, por lo tanto, ignoraran los indicios, buscaran explicaciones para las anomalías e inventaran argumentos cada vez más alambicados para defenderse de la terrible verdad.

No cabe duda de que el personal de Hailsham mantiene a los niños en la ignorancia. Cuando una profesora que, por un instante, siente simpatía hacia los niños a su cargo (no tan distintos a ella) cuenta la verdad, se la despide fulminantemente. Ha violado la política institucional que consiste en dejar que la verdad se vaya desvelando gradualmente, en pequeñas dosis, contando a los clones sólo lo que pueden asumir. Es una técnica parecida a la de la famosa anécdota de la rana que, cuando se la tira a un cubo de agua caliente, salta fuera de inmediato. Pero si se la coloca en una olla de agua fría que se va calentando gradualmente, la rana permanece en ella tranquilamente hasta que el agua hierve y muere. La política de Hailsham, basada en la dosificación de la información, mantiene a los niños- clones en la olla.

La dignidad humana y el poder

Al final se enteran de la verdad, pero cuando ya no son capaces de sentir indignación. Los adolescentes reaccionan con tristeza en vez de con ira, creen que su situación es desafortunada, pero no la consideran injusta, como tampoco a la estructura básica subyacente. No tienen en cuenta la posibilidad de organizar una protesta o una revolución. Al revés, se aferran a la promesa de que algunos elegidos podrán escapar. Acaban obsesionados con la posibilidad de una «prórroga», otro término interesante que recuerda a las exenciones del servicio militar para los estudiantes universitarios estadounidenses durante la Guerra de Vietnam. En *Nunca me abandones* corre la voz entre los clones de que, en ciertas circunstancias especiales, se puede posponer por tres años la extracción quirúrgica de algún órgano. Se decía que, para poder optar a esta «prórroga» una pareja de clones debía demostrar que estaban real y profundamente enamorados.

La idea de Ishiguro de que estar enamorado pudiera ser un motivo para posponer el desmembramiento quirúrgico es muy ingeniosa. Esta peculiar leyenda urbana establece un nexo entre la individualidad afectiva y el valor intrínseco. La premisa es que un ser, condenado hasta entonces por poseer un valor exclusivamente extrínseco y, por lo tanto, ser sólo un medio para los fines de otros, puede elevar temporalmente su estatus hasta adquirir el de un ser valioso y digno de consideración. Lo que permite esta transmutación es la interioridad e individualidad de ese ser, encarnada en la experiencia afectiva del amor romántico. Lo que les confiere valor es la subjetividad personal.

Los jóvenes clones adultos cifran todas sus esperanzas en esa posibilidad que no conlleva sólo la promesa de tres años más de una relativa integri-

dad física. Es un cambio de óptica que les permite considerarse algo más que colecciones ambulantes de piezas de repuesto, demostrando que son individuos únicos, personas irremplazables, cada cual con su propia vida interior. ¿De dónde sacan los clones esta idea? De Hailsham, fundada como alternativa progresista a las sórdidas residencias donde habían almacenado a los clones anteriores. Los reformadores liberales más sentimentales, asqueados por las condiciones en las que se almacenaba a sus duplicados biológicos, habían diseñado una institución especial donde se educaría a los clones y se les enseñaría que tienen alma. En la escuela se hacía hincapié en la auto-expresión creativa y se animaba a los clones a realizar obras de arte; se les decía que las mejores acabarían expuestas en una galería fuera del campus. Cuando Tommy, como joven adulto, intenta obtener una «prórroga», decide recurrir al arte. Quiere mostrar lo profundo de su amor exhibiendo sus pinturas.

De nuevo, Ishiguro hace gala de una penetrante captación de la (in)justicia: la individualidad es un arma de dos filos. Por un lado nos dota de dignidad y valor intrínseco, es una puerta de acceso a la consideración moral. Pero, por otro, se convierte fácilmente en una artimaña del poder, en un instrumento de dominación. El individualismo permite la comprensión estructural de un orden social explotador, pero puede convertirse en objeto de culto, en sustituto del pensamiento crítico y en un obstáculo para superar la injusticia. En las sociedades de consumo de masas «democráticas», la ideología dominante es el individualismo, y desde él se suele interpelar a los sujetos. Se nos exhorta a asumir la responsabilidad de nuestras vidas en tanto que individuos, se nos anima a colmar nuestros anhelos más profundos comprando y vendiendo mercancías y se nos deriva de la acción colectiva hacia las «soluciones personales», a buscar «prórrogas» para nuestros preciosos e irremplazables yoes.

Ishiguro relata magistralmente esta paradoja del individualismo. Lo más cruel y perverso del mundo que describe es que a los protagonistas les dan gato por liebre. Socializados para considerarse individuos, no pueden ver más allá de esta idea, ni siquiera cuando la verdad es evidente: son piezas de repuesto, creadas para ser canibalizadas. Lo que me hizo llorar fueron las frases finales pronunciadas por Kathy cuando ya tiene más de treinta años. Como «cuidadora» ha pasado los últimos diez años cuidando de sus compañeros clones, entre ellos Tommy y Ruth. Los cuidaba cuando estaban débiles; cuerpos agotados, sucesivamente desposeídos de un órgano tras otro. Los mantuvo vivos y disponibles para «donaciones» adicionales, consolándolos en la medida de lo posible, como cuando rebate la idea desesperada de Ruth de que les habían creado a partir de «desechos» humanos. Cuando sus dos amigos mueren, Kathy no puede seguir soportando su trabajo. Decide convertirse en «donante», anticipa la «compleción» y echa un vistazo a su vida pasada: «Nunca perderé los recuerdos que más valoro. Perdí a Ruth, luego perdí a Tommy, pero nunca perderé su recuerdo». Aunque intenta no seguir hurgando en el pasado, Kathy rememora:

Lo único que me he permitido en ese sentido –y una sola vez, un par de semanas después de oír que Tommy había «completado»– fue ir en coche hasta Norfolk sin ninguna necesidad de hacerlo. No iba a buscar nada en particular [...]. Quizá tenía ganas de ver todas esas planicies vacías y los enormes cielos grises. En un momento dado me encontré en una carretera en la que nunca había estado, y durante aproximadamente media hora no supe dónde estaba, y no me importó en absoluto. [...] Me vi ante unas cuantas hectáreas de tierra cultivada. Había una valla que me impedía el paso, con dos filas de alambre de espino, y vi cómo esta valla y el grupo de tres o cuatro árboles cuyas copas se alzaban sobre mi cabeza eran las únicas barreras contra el viento en kilómetros y kilómetros. A lo largo de la valla, sobre todo en la hilera inferior del alambre de espino, se habían enmarañado todo tipo de brozas y desechos. Eran como esos restos que pueden verse en las orillas del mar: el viento habría arrastrado parte de ellos a través de largas distancias, hasta que aquella valla y aquellos árboles los habían detenido. En lo alto de las ramas, ondeando al viento, se veían trozos de plástico y bolsas viejas. Fue la única vez –allí, de pie, mirando aquella extraña basura, sintiendo cómo el viento barría aquellos yermos campos– en que me permití imaginar una pequeña fantasía. [...] Pensé en todos aquellos desperdicios, en los plásticos que se agitaban entre las ramas, en la interminable ristra de materias extrañas enganchadas entre los alambres de la valla, y entrecerré los ojos e imaginé que era el punto donde todas las cosas que había ido perdiendo desde la infancia habían arribado con el viento, y ahora estaba ante él, y si esperaba el tiempo necesario, una diminuta figura aparecería en el horizonte, al otro extremo de los campos, y se iría haciendo más y más grande hasta que podría ver que era Tommy, que me hacía una seña, que incluso me llamaba. La fantasía no pasó de ahí –no permití que fuera más lejos–, y aunque las lágrimas me caían por las mejillas, no estaba sollozando abiertamente ni había perdido el dominio de mí misma. Aguardé un poco, volví al coche y me alejé en él hacia dondequiera que me estuviera dirigiendo»⁴.

Aquí Kathy habla por todos aquellos a los que nuestro orden social interpela como individuos mientras los trata como a piezas de repuesto, fuerza de trabajo, criadores o trabajadores desechables, proveedores de órganos, bebés y sexo, realizadores de tareas serviles, limpiadores y recogedores de basura, como a materia prima para ser consumida, masticada y escupida cuando el sistema ha extraído de ella todo lo que quiere. En otros tiempos se les bautizó con el nombre de «los condenados de la tierra», pero hoy son demasiado omnipresentes y están demasiado cerca de casa como para que esa designación resulte adecuada. Deberíamos considerarlos más bien parte de esa fracción sustancial que es «el 99 por 100». Kathy habla en nombre de todas estas gentes pero no las llama a las armas. Expresa su dolor, su confusión, su autoengaño, las esperanzas y deseos frustrados de su corta y trágica vida. Sobre todo, hace un tenaz llamamiento a la dignidad ante un orden social que le falta al respeto en todos los aspectos. También sigue buscando sentido, aun cuando la estructura bási-

⁴ Ishiguro, *Nunca me abandones*, pp. 345-346 de la edición del Círculo de Lectores.

ca de su sociedad no le haya dado más que *debris*. Es este angustioso cóctel de emociones, demasiado humanas, el que hace tan conmovedoras las palabras de este clon condenado.

De la ficción a la práctica

Pero dejemos el mundo de *Nunca me abandones*, dejemos de lado su *pathos* y pensemos fríamente en lo que nos enseña. ¿Cómo podemos aplicar las ideas de Ishiguro a nuestro entorno social? En primer lugar, la idea de acercarnos a la justicia negativamente, por medio de la injusticia, es fuerte y productiva. *Pace* Platón, no necesitamos saber qué es la justicia para saber cuándo algo está mal. Lo que debemos hacer es afinar nuestro sentido de la injusticia, ver a través de la ofuscación y la ideología. Centrándonos en lo que está mal debemos determinar por qué lo está y qué podríamos hacer para enderezar la situación. Este proceso de pensamiento negativo es el único que activa nuestro concepto de justicia, lo redime del reino de la abstracción concretándolo, enriqueciéndolo y convirtiéndolo en algo que puede dar frutos en este mundo.

En segundo lugar, y de nuevo *contra* Platón, deberíamos evitar que la desconfianza nos lleve a delimitar diferencias esenciales entre guardianes y trabajadores, los de dentro y los de fuera, ciudadanos y extranjeros, europeos y otros. También deberíamos eliminar toda diferencia ontológica invocada para legitimar un orden social dual, en el que «nosotros» gozamos de unos derechos y «ellos» de otros. Estos experimentos no son un buen marco para la justicia y suelen ocultar ansiedades relacionadas con la identidad, permitiendo que algunos sean expulsados del universo de los que «cuentan». En tercer lugar, en vez de centrarnos en la otredad, deberíamos seguir a Rawls (y también a Marx!) y echar un vistazo a la «estructura básica». Para decidir quién merece nuestra consideración moral, deberíamos determinar quiénes están sometidos al conjunto de reglas básicas que definen los términos de la cooperación social. Si las reglas básicas institucionalizan la dependencia y la explotación de un grupo por parte de otro (que quiere cubrir así necesidades vitales como órganos, fuerza de trabajo, bebés, sexo, labores domésticas, cuidado de niños y ancianos, limpieza, recogida de basura), ambos grupos están sometidos a la misma estructura básica. Los miembros de uno y otro viven en el mismo universo moral y merecen idéntica consideración en asuntos de justicia.

En cuarto lugar deberíamos desconfiar de enfoques que no definen adecuadamente la justicia (al excluir a algunos del estatus moral) y admiten que no todos los sometidos a la misma estructura básica gocen del mismo estatus. Por lo tanto, *contra* Rawls, deberíamos enfrentarnos a los que recurren a la ciudadanía formal para determinar quién cuenta, puesto que entienden incorrectamente el orden de la justicia en un marco transnacional e incluso global. En quinto lugar deberíamos cuestionar nuestra tendencia a redefinir las desigualdades estructurales como problemas personales, escrutando las in-

terpretaciones que atribuyen las circunstancias desfavorables de la gente a sus propios fallos. Deberíamos resistirnos a ignorar emociones como la ira, que tiene un gran valor diagnóstico, y ver más allá de las explicaciones al uso hasta vislumbrar los modelos de estratificación más profundos, los mecanismos causales que dan lugar a jerarquías y estrategias ideológicas que, como la personalización, los oscurecen.

En sexto lugar, no deberíamos asumir que la ausencia de una crítica explícita o de una protesta abierta implique que no hay injusticia. Deberíamos entender que la oposición organizada a la injusticia depende del acceso a recursos discursivos y esquemas interpretativos que permiten su articulación y expresión pública. Deberíamos rastrear la esfera pública en busca de las distorsiones que impiden un acceso igualitario a la voz política, y pensar cómo superarlas ampliando los términos disponibles para designar los problemas sociales y debatiendo en torno a sus causas. En séptimo lugar deberíamos desconfiar de panaceas individualistas y cuidarnos de las sociedades que fetichizan el amor, la introspección y la vida privada, negando sistemáticamente a la gran mayoría las condiciones materiales para su realización. Deberíamos religar objetividad y subjetividad. Por último, habría que apreciar más la creatividad de los oprimidos, tener en cuenta su anhelo de una vida mejor y su afán de buscar sentido hasta en las circunstancias más desfavorables, cultivar la indignación social y la imaginación política. Convirtamos la justicia en la virtud primordial no sólo teóricamente, sino también en la práctica.



BÁSICA DE BOLSILLO

ESCRITOS FEDERALISTAS
P.-J. PROUDHON
JOSÉ CARLOS LOPEZ

TOTAL KHÉOPS
JOSÉ CARLOS LOPEZ

SOBRE LA PAZ PERPETUA
MANUEL KANT

EREWTHON
O EL PAÍS DE LOS INVERTIDOS
SAMUEL BUTLER

LOS CUATRO JINETES DEL APOCALIPSIS
VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

PENSAMIENTOS SOBRE LA EDUCACIÓN
JOHN LOCKE

MÓBY-DICK
O LA BALLENA
HERMAN MELVILLE

EL OTRO MUNDO
O LOS ESTADOS E IMPERIOS DE LA LUNA / LOS ESTADOS E IMPERIOS DEL SOL
OTRANO DE BERBERAC

akal

Cuarenta años fomentando el debate y el pensamiento abierto.

Fotos Me gusta Vídeos Eventos

www.facebook.com/EdicionesAkal